



La *Legenda*
de los *Cinco Anillos*

El Desfile Nocturno de 100 Demonios

MARIE BRENNAN

minotauro

La Leyenda
de los Cinco Anillos



EL DESFILE
NOCTURNO
DE 100
DEMONIOS

MARIE BRENNAN

minotauro

Título: *El desfile nocturno de cien demonios*

Copyright © 2022 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
La Leyenda de los Cinco Anillos y el logotipo de FFG son marcas comerciales de Asmodee Group y/o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2020 por Aconyte Books

Título original: *The night parade of 100 demons*

Ilustración de la cubierta: John Anthony di Giovanni
Ilustrador del mapa de Rokugan: Francesca Baerald

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© Traducción: Daniel Casado

Edición revisada por: María Ríos

ISBN: 978-84-450-1160-7

Depósito legal: B. 203-2022

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO 1

El camino hacia Seibo Mura era escarpado y de camino solo tenía el nombre. A cada kilómetro que recorrían, la jaca de Ryōtora soltaba un gran suspiro, como si quisiera recordarle a su jinete que estaba trabajando a destajo y que ya iba siendo hora de darle un respiro. Cuando él le daba unas palmaditas en el cuello, el animal empezaba a caminar con disimulo y sin prisa en dirección al pasto más cercano, hasta que Ryōtora chasqueaba la lengua y tiraba de las riendas para devolverla al camino correcto.

Al menos ella le daba más conversación que los dos *ashigaru* que lo escoltaban. Uno de ellos lideraba la ardua marcha al frente, mientras que el otro iba detrás de Ryōtora; incluso después de cinco días viajando con ellos no era capaz de distinguirlos. Uno se llamaba Ishi y el otro Tarō, pero ambos tenían la misma mandíbula cuadrada, el mismo cabello ralo y la misma apariencia de haber sido desgastados por el sol, el viento y la nieve hasta que se habían vuelto tan duros como la piedra que los rodeaba. A pesar de que había intentado entablar una conversación con ellos durante la primera mañana de su viaje, la extrema torpeza de su charla insustancial lo había hecho querer buscar la zanja más cercana y esconderse en ella. Al poco tiempo, se había dado por vencido.

Nunca le había parecido fácil hablar con campesinos. Ni siquiera en un día normal, así que mucho menos ahora, de camino hacia Seibo Mura.

Cuando se encontraba *volviendo* a Seibo Mura.

Los suspiros de la jaca cesaron cuando esta dedicó toda su atención a escoger dónde pisaba mientras descendía una pendiente rocosa que parecía más un desfiladero que un camino. Ishi (a menos que fuera Tarō) saltaba de un punto de apoyo al siguiente con la habilidad de una cabra y se mantenía apartado por si el animal se caía de repente. Pensar en ello hizo que Ryōtora se estremeciera, por lo que en cuanto tuvo la oportunidad tiró de las riendas y desmontó. Tarō (a menos que fuera Ishi) cogió las riendas, y Ryōtora siguió a la jaca y a los dos campesinos a pie mientras se tragaba una maldición muy poco digna cuando una piedra giró bajo su paso e hizo que se torciera el tobillo.

Al final de la pendiente, un *ashigaru* sostuvo las riendas mientras Ryōtora volvía a montar.

—Mi señor, ¿te gustaría seguir adelante o quieres encontrar un sitio donde pasar la noche? —preguntó el otro *ashigaru*.

Ryōtora no era ninguna delicada flor de las tierras bajas. Su deber lo había llevado por las tierras del interior de las provincias del Clan del Dragón, de una aldea de campesinos a la otra. Sin embargo, durante los últimos dos días no habían pasado por ningún pueblo, por lo que habían tenido que dormir a la intemperie. Incluso en pleno verano, aquello no era una opción muy cómoda, y menos aún si las nubes sobre los picos más altos le decían que se estaba gestando una tormenta.

—Seguiremos adelante —contestó él por fin, esperando no arrepentirse—. Deberíamos poder llegar a Seibo Mura al anochecer.

Si el camino se hubiera encontrado en algo parecido al buen estado, lo habrían conseguido, pero estaba en semejantes condiciones que Ryōtora confundió un tramo de terreno plano con el verdadero camino y no se percató de su error hasta que habían malgastado un tiempo muy valioso caminando en la dirección equivocada. Y, mientras volvían sobre sus pasos, la tormenta se cernió sobre ellos.

Encorvó los hombros bajo su capa de paja mientras inten-

taba no pensar en si su mala suerte presagiaba algo peor. Aun así, sentía que todo lo relacionado con aquel viaje estaba maldito desde que lo había emprendido. «Si tan solo no hubiera estado en Heibeisu cuando llegó el mensaje...»

Ryōtora se sacudió el agua de la punta de la nariz e intentó apartar aquellos pensamientos de su mente. Aquel era su deber, y el arrepentimiento era uno de los Tres Pecados. Si la voluntad de las Fortunas era que regresara a Seibo Mura, entonces así sería.

Las nubes y el gran muro que formaban las montañas avisaban de que la luz desaparecería pronto, y la luna estaba demasiado cerca del inicio de su ciclo como para poder iluminar el cielo. Ryōtora habría dejado de intentar llegar al pueblo y simplemente habría acampado, pero no encontró ningún lugar adecuado. Volvió a desmontar para caminar al lado de su jaca y dejar que fuera ella quien liderara el paso mientras escogía con cuidado dónde pisaba bajo la cada vez más tenue luz. Intentó sentirse agradecido de que al menos el frío de la lluvia le estuviera aliviando el dolor del tobillo que se había torcido. Sin embargo, si no encontraban un refugio pronto, no tendrían otra opción que detenerse en aquel mismo lugar y esperar a que al menos la lluvia amainara.

Finalmente, el terreno se volvió plano. Y, no mucho más lejos de allí, a Ryōtora le pareció ver unas luces que brillaban.

«¿Fuegos fatuos?», se preguntó. A aquellas entidades les gustaba alejar a los viajeros de su camino o conducirlos hasta acantilados. No obstante, sentía que habían alcanzado el fondo de un valle, y aquellas luces tenían el brillo cálido de las llamas verdaderas.

De repente, uno de sus *ashigaru* lanzó su bolsa y alzó su lanza con una velocidad que hizo que la jaca se alejara de su lado.

—¡Alto! ¡Identificaos! —gritó una voz que provenía de los árboles.

Ryōtora tragó en seco e intentó apaciguar el pulso de su acelerado corazón. Había estado pensando en espíritus y en la his-

toria que había oído en Heibeisu..., pero la voz sonaba joven y cargada con el marcado acento del norte. Aunque lo había intentado, no había conseguido sonar feroz del todo. «Un centinela», se percató Ryōtora. «Y uno con bastante determinación para estar a la intemperie con este tiempo».

Alzó la barbilla para mostrar el rostro tanto como pudo en la oscuridad.

—Soy Agasha no Isao Ryōtora, vengo desde Heibeisu en respuesta a vuestro mensaje. Estos dos *ashigaru* que me acompañan son Ishi y Tarō. —Le prometió en silencio a las Fortunas que aprendería a distinguir a ambos hombres.

Sus palabras produjeron un breve silencio. Luego un susurro de hojas seguido de un golpe mientras el centinela surgía de una cicuta cercana. Si bien Ryōtora no podía ver con claridad, se percató de que, cuando la voz no se alzaba en un desafío estridente, sonaba femenina.

—¿Vienes solo? —preguntó la centinela.

—Y dos *ashigaru* —contestó Ryōtora, aunque no podía saber de cuánta utilidad le serían. Dependería de lo que estaba pasando en Seibo Mura.

La centinela se plantó en silencio durante un instante. Cuando volvió a hablar, sonó desanimada.

—Os llevaré a casa de Ogano.

—¿No necesitas quedarte aquí a vigilar?

—No —contestó ella con un tono de voz incluso más apesadumbrado—. Estaba esperando que aparecierais vosotros, no los monstruos.

• • •

Incluso en medio de la oscuridad y la lluvia, Ryōtora pudo ver el desastre.

La luz que arrojaban algunas casas iluminaba la silueta de un edificio quemado cuya madera puntiaguda aún apuntaba hacia el cielo de forma acusadora. La guía de Ryōtora, con una

breve y silenciosa advertencia, lo condujo alrededor de un foso que se había producido al arrancar la tierra de su lugar. Unas vigas talladas de forma burda sostenían el tejado de otra casa cuya pared había quedado destrozada.

La centinela lo llevó hasta lo que Ryōtora sospechó que era la casa más grande de la aldea. Desprendía luz por los bordes de las contraventanas cerradas situadas a lo largo de la elevada veranda, como si al propietario no le importara ahorrar aceite para lámparas para el invierno. Como si no pensara encontrarse en aquel lugar cuando llegara aquella estación.

Cuando la guía llamó a la puerta, nadie la abrió, aunque a Ryōtora le pareció oír un repentino revuelo de voces al otro lado, a través del sonido constante de la lluvia. La mujer llamó una vez más.

—¿Quién es? —preguntó un hombre con voz nerviosa.

—Rin —dijo la chica—. Con un samurái que viene del sur. La voz del interior se acercó, pero la puerta permaneció cerrada.

—¿Cómo sé que de verdad eres tú? —preguntó.

—Porque no hay luna llena —contestó la chica, en un tono que dejaba claro que se había contenido de añadir «pedazo de idiota» a la respuesta.

Aquello pareció ser lo suficientemente convincente como para que desatancara la puerta, si bien solo la abrió un poco. Por mucho que la figura que apareció frente a ellos no fuera más que una silueta imposible de vislumbrar, Ryōtora sintió que una mirada llena de sospecha lo evaluaba.

—¿Cómo te llamas? ¿Y quién te envía?

Ryōtora repitió su presentación, y aquella vez añadió:

—Me ha enviado el gobernador de Heibeisu.

—Podrías estar mintiendo —dijo el hombre—. Conozco las historias. Mujeres que piden entrar para refugiarse de la nieve, bebés que lloran en los campos... todo son trucos para hacer que bajemos la guardia.

Yōkai. Muchas personas podían pasar todas sus vidas sin encontrarse con una de aquellas criaturas salvo en las historias que se contaban alrededor de una hoguera durante la noche. Sin embargo, si los informes que habían salido de Seibo Mura eran ciertos, la precaución de aquel hombre estaba justificada.

—Voy a rezar a los *kami* —dijo Ryōtora—. Si me responden, tomará la forma de... —¿Qué debería escoger? ¿Qué podría ser que hiciera que aquel hombre no se lo tomara como un signo de que era un *yōkai*?

Ryōtora miró a su alrededor y vio un pico roto en el suelo, del tipo que usaría un minero para trabajar... o para defenderse.

—Se arreglará el mango de ese pico —continuó él.

Se arrodilló y juntó las manos en la sagrada forma de un *mudra* mientras rezaba en voz baja. Cuando hubo acabado, puso las palmas de las manos sobre las piezas rotas, las alineó y luego se arrancó unos mechones de pelo y los ató en el mango. El *kami* de la tierra que habitaba en la madera recordó haber sido un mango entero y haber crecido de un árbol, por lo que no fue difícil convencerlo de crecer y unirse una vez más.

Cuando levantó el pesado pico, la chica ahogó un grito de sorpresa. Si bien Ryōtora se había presentado como miembro de la familia Agasha, no todos los que llevaban aquel apellido eran *shugenja*, y menos aún dentro de las familias vasallas. Además, era perfectamente posible que aquellas personas no hubieran presenciado ni siquiera una maravilla tan pequeña como aquella.

Aun con todo, el hombre no sonó impresionado cuando volvió a hablar.

—Supongo que será mejor que entréis.

Una casa rural como aquella no contaba con una entrada más refinada para los invitados de honor. Ryōtora murmuró una disculpa típica por importunar mientras caminaba por el suelo de tierra del área de trabajo. A su izquierda se alzaban va-

rios tablones de madera y había un alegre fuego crepitando en la hoguera hundida que era la mayor fuente de luz de la sala. Sin embargo, los paneles correderos que daban acceso al resto de la casa estaban cerrados, y Ryōtora no vio a nadie más.

Aquello le pareció poco probable. El jefe de la aldea, sin duda aquel hombre, contaría con al menos algunos sirvientes trabajando para él, por no hablar de su familia.

Mientras Ryōtora se quitaba la lluvia de los ojos, vio que su guía era una chica de no más de catorce años que llevaba el cabello en una trenza detrás de una oreja y una honda recogida en una mano. El hombre podría tener entre treinta y sesenta años y podría pasar por primo de Ishi y Tarō.

—¿Has venido solo? —preguntó el hombre. Se llamaba Ogano, según Rin y los registros de Heibeisu. El jefe de Seibo Mura. Los registros no decían nada sobre su mala educación.

—Y dos *ashigaru* —contestó Ryōtora, mientras señalaba a Ishi y Tarō.

—Los *ashigaru* son una cuarta parte de un bushi. La mitad, como mucho. Y un bushi no nos sirvió de nada la última vez.

Los problemas en Seibo Mura habían empezado más de un mes antes. Un mensajero aterrorizado había acudido a Heibeisu para balbucear sobre monstruos y espíritus que estaban destrozando la aldea, por lo que el gobernador había enviado a un juez para investigarlo, un bushi llamado Mirumoto Norifusa. No obstante, el caos solo había durado tres noches y, para cuando Norifusa hubo llegado, ya había acabado. El bushi había rebuscado por toda la zona y no había encontrado ningún indicio de los supuestos monstruos, por lo que había vuelto a Heibeisu y lo había achacado todo a un trágico incidente sin explicación.

Un mes más tarde, había vuelto a suceder.

—Te aseguro que haré todo lo que pueda para... —empezó a decir Ryōtora.

—¿Para qué? ¿Para devolver a los muertos a la vida? ¿Para

restaurar las casas que han destruido los monstruos o la mina que han derrumbado? Si puedes obrar milagros a tal escala, *shugenja*, seré el primero en inclinarme ante ti.

Nada de lo que había visto en Ogano le indicaba que fuera capaz de inclinarse ante nadie. En cualquier otra parte del imperio, su actitud insolente y hostil con su superior social ya le habría ganado una buena tunda. Tendría que haberle ofrecido al samurái colgar su capa de inmediato, haberle traído una toalla con la que pudiera secarse y haberlo llevado a un asiento cerca del fuego, no acusar a Ryōtora de ser un inútil mientras este goteaba sobre la tierra del área de trabajo.

Aun así, incluso en aquella oscuridad Ryōtora había visto lo suficiente como para entender que los campesinos de Seibo Mura habían sufrido horrores. Estaban acostumbrados a inviernos largos, duras nevadas, aludes, avalanchas y a los demás peligros de una vida que giraba en torno a la minería..., pero aquellos «monstruos», fueran estos *yōkai* u otra cosa, eran algo totalmente diferente.

—Haré todo lo que pueda —repitió Ryōtora—. Si el patrón sigue como hasta ahora, no tenéis nada que temer hasta la próxima luna llena, aunque no confío en que sea así. A partir de mañana me gustaría hablar con todos los habitantes de esta aldea, uno a uno, sean jóvenes o mayores, para enterarme de lo que ha pasado. También me encargaré de que se preparen defensas, para que si el problema vuelve a ocurrir estéis mejor preparados.

Ogano torció el gesto.

—Defensas. Bueno, ya es más de lo que ofreció el otro.

—Imagino que te refieres al bushi de antes —dijo una nueva voz que provenía de detrás de uno de los paneles.

Este se deslizó para dejar paso a otro hombre, uno demasiado bien vestido como para ser un habitante de Seibo Mura. Portaba un kimono con un dobladillo bordado con un diseño de unas vides entrelazadas. Tras él se agachaban todas las personas que

Ryōtora había esperado ver en un hogar como aquel: una mujer que probablemente fuera la esposa de Ogano y cuatro niños, además de un hombre mayor y una mujer que imaginó que serían los sirvientes. El hombre que había hablado hizo un gesto tranquilizador y luego cerró la puerta tras él, como si el delgado papel y la madera pudieran protegerlos si algo ocurría.

—Asako Sekken —dijo el hombre, con una reverencia—. De Michita Yasumi, mi madre se encarga de la biblioteca Kanjirō allí. ¿Y vosotros sois...?

Seguro que había escuchado cómo Ryōtora se había presentado antes, pero omitir las formalidades se consideraría de mala educación. Y la elegancia de su reverencia... sus modales demostraban una cortesía semejante a como si se encontraran en el hogar de un daimyō en vez de en el del jefe de una aldea. ¿Qué hacía un miembro del Clan del Fénix en aquel lugar?

Ryōtora dio su nombre por tercera vez, casi a trompicones. Toda característica de Asako Sekken parecía haber sido diseñada a propósito para descolocarlo. Era un samurái de una familia con influencia y no un mero vasallo, un refinado vástago de la corte y no un *shugenja* ambulante, un forastero en un pueblo que sufría unas calamidades que ningún forastero debería conocer.

Todo ello sumado a su barbilla puntiaguda, sus cejas arqueadas, sus manos esbeltas y sus muñecas, que convertían cada gesto en una danza grácil... le recordaba demasiado a Hokumei.

—Es un placer conocerte, señor Ryōtora —dijo el Asako con otra reverencia—. Me temo que llegué anoche y ocupé la habitación que debería ser tuya, pero cuatro tatamis y medio deberían ser suficiente para ambos, prometo que no ocupo mucho sitio cuando duermo. O tal vez podríamos colocar nuestros futones en esa habitación. —Señaló hacia la gran cámara que tenía a su espalda, donde permanecían escondidos los sirvientes y la familia de Ogano.

Ryōtora ordenó sus pensamientos antes de contestar.

—Disculpa, señor Asako, ¿qué es lo que te trae a esta aldea?

—Pues imagino que lo mismo que a ti, señor Ryōtora. Lo que sea que haya pasado en este lugar.

—Entonces, ¿los Fénix están al tanto de estos sucesos?

Había sonado demasiado mordaz. No obstante, Sekken esbozó una sonrisa.

—Uno de nosotros sí, al menos —contestó.

Sus palabras no resultaron muy tranquilizadoras para Ryōtora. Si bien los Dragones y los Fénix mantenían una relación lo suficientemente cordial y compartían interés por los temas espirituales, también tenían ciertas disputas sobre algunos temas de interés común, como todos los vecinos. La mayoría de ellas se producían cuando los Dragones daban rienda suelta a algo que los Fénix consideraban una herejía. O cuando los Isawa decidieron que, al ser la familia de *shugenja* más grande del imperio, ellos eran los únicos en quienes se podía confiar para resolver un problema como era debido.

«Él no es un Isawa», pensó Ryōtora. Aquello quería decir que Sekken no era, de hecho, el peor tipo de Fénix que se podía haber presentado en Seibo Mura.

Sekken se volvió hacia Ogano antes de que Ryōtora pudiera decir nada más.

—Creo que ya hemos establecido que no es ningún tipo de cambiaformas, ¿verdad? En ese caso, deberíamos dejar que tu familia salga de su escondite. ¡Venid! —llamó a las personas en el interior de la sala que tenía detrás y volvió a abrir la puerta sin esperar a que Ogano contestara.

«Es más de lo que ofreció el otro». Ogano no se había referido a Mirumoto Norifusa, sino a su inesperado e indeseado invitado Fénix.

Las mujeres y los niños se arrastraron hacia el suelo de madera de la sala de estar principal y se inclinaron con respeto, tocando los pulidos tablones con la cabeza. Dada la ubicación aislada de Seibo Mura, era muy posible que nunca hubieran visto a dos samuráis en un mismo lugar al mismo tiempo.

Durante unos minutos, la situación empezó a parecerse al ajeteo habitual de un hogar cualquiera. La mujer mayor salió a atender a la jaca de Ryōtora, mientras que la esposa de Ogano le trajo una toalla al *shugenja* y luego fue a avivar la hoguera del área de trabajo para cocinarle algo al nuevo invitado. El hijo mayor procedió a ayudarla, mientras que el más joven, de mejillas regordetas y género indeterminado, se sentó cerca de la hoguera y miró fijamente a Ryōtora.

El hombre mayor resultó ser el sirviente de Sekken. Se llamaba Jun y era un hombre delgado con una cabellera que empezaba a escasear. El Fénix le ordenó que moviera algunas de sus pertenencias de la habitación para hacerle espacio a Ryōtora, mientras Ogano permanecía cruzado de brazos con cara de malas pulgas, un espectador en su propio hogar.

Ryōtora pensó que debería hacer algo para remediar aquella situación, aunque no se le ocurría qué. Necesitó toda su voluntad para no quedarse mirando al rostro cuadrado de Ogano, a la tenaz barbilla de Rin y preguntarse si aquel hombre podría ser su padre, o si aquella chica podría ser su hermana menor.

El gobernador no se había percatado de que, al asignar a Ryōtora para encargarse del problema de Seibo Mura, lo estaba mandando de vuelta al pueblo en el que había nacido.

Había sido así porque nadie hablaba de temas como aquel. Ryōtora rezó para que ninguna persona de la aldea lo reconociera o para que, si lo hacían, tuvieran el sentido común suficiente para mantenerse callados. Lo último que quería era que Asako Sekken se enterara de aquella historia. Ryōtora ya iba a tener suficientes cosas que hacer para encontrar la causa del problema y ponerle fin, no necesitaba añadir un Fénix demasiado curioso a la mezcla.

«Será mejor que lo saque de aquí», pensó Ryōtora. Luego lidiaría con el problema y partiría en cuanto fuera posible.

Pero dudaba que fuera a ser tan sencillo.